

todo lo puedes aceptar, todo es para ti.—Anda, tú eres más rico que yo, pues posees tesoros que únicamente Dios sabría aumentar—agregó la dama golpeando dulcemente el corazón de su marido. Después, no pudiendo ya con la felicidad de su alma, que era más fuerte que ella, ocultó la cabeza en el regazo de Octavio.

—Sobrina mía, en otro tiempo galanteábamos, hoy vos otras amáis—dijo el tío. Sois lo bueno y hermoso que hay en la humanidad; pues no se os puede hacer culpables de vuestras faltas, que proceden siempre de nosotros, de los hombres.

París, febrero 1831.

—

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1665 MONTERREY, MEXICO

DOBLE FAMILIA

Á LA SEÑORA CONDESA LUISA DE TURHEIM

en prueba de recuerdo y de respeto afectuoso

La calle de *Tourniquet-Saint-Jean*, en otro tiempo de las más tortuosas y oscuras del vetusto barrio que rodea las casas municipales, serpeaba á lo largo de los jardinillos de la prefectura de París, desembocando en la de *Martroi*, precisamente por el ángulo de un muro derribado ya hoy. Véase en este sitio el molinete que dió nombre á la calle y que no fué destruído hasta 1823, cuando la Ciudad mandó construir, con los terrenos de un huerto que pertenecía al municipio, una sala de baile para festejar al duque Angulema á su regreso de España. La parte más ancha de esta calle era hacia el extremo, por donde desembocaba en la de la *Tixeranderie*, y aun allí no tenía el arroyo más que cinco pies de anchura. Si el tiempo era lluvioso no tardaba en verse inundado por las aguas negruzcas el suelo, bañando hasta las paredes de las casas. Como no podían pasar por aquella estrechez los carros de la limpieza, contaban siempre con el auxilio del temporal los habitantes para despejar su calle del lodo que la obstruía. ¿Y cómo era posible que estuviese limpia? Cuando el sol de verano cae á plomo sobre París, iluminaba momentáneamente una franja de oro, tan sutil como el filo de un sable, las tinieblas de aquel callejón, sin que fuera

bastante á secar la humedad que comía desde el piso bajo hasta el principal de los edificios negros y silenciosos. En el mes de junio encendían los vecinos sus luces á las cinco de la tarde y no las apagaban nunca en invierno. Aun hoy si hay transeunte con ánimos para atravesar desde los campos á los muelles, cogiendo en la calle de Chaume, las del Hombre armado, de las Cartas y de las Dos puertas, que conducen á la de Tourniquet-Saint-Jean, creará haber andado por dentro de sótanos. Lo mejor es que casi todas las vías del París viejo, tan adulado por las crónicas que mencionan su esplendor, parecíanse á este dédalo tenebroso, donde los amigos de antigüedades pueden admirar en la época presente alguna singularidad tradicional. Por ejemplo, cuando subsistía la casa que forma ángulo en las calles del Molinete y de la Tixeranderie, los curiosos deteníanse á observar los restos de dos gruesas argollas de hierro empotradas en el muro, y unos cuantos eslabones de la cadena que el alcalde de barrio mandaba tender todas las noches antiguamente, velando por la seguridad pública. Habíase edificado esta casa, notable por su vetustez, con precauciones que probaban cuán insalubres eran todos estos domicilios, pues para sanear un poco el piso bajo había sido indispensable levantar los cimientos á dos pies próximamente por encima de la flor de tierra, lo cual obligaba á subir tres escalones para entrar en el caserón. El dintel del postigo describía un amplio arco de bóveda, de que se destacaban una cabeza de mujer y algunos arabescos, corroído por el tiempo. Tres ventanas, cuyos repechos no levantaban más que la altura de un hombre, correspondían á una estrecha habitación que caía hacia la calle del Molinete, de donde tomaba la luz. Estaban protegidas las vidrieras, por cierto muy deterioradas, con gruesos barrotes de hierro en red bastante espesa, que se ahuecaba hacia lo último en forma de saliente, como se ve en el enrejado de los panaderos. Si alguno de los que por allí discurrían husmeaba con la vista en el interior de las dos piezas que componían la habitación, era imposible que descubriese el más mínimo objeto, pues para adivinar la forma de las dos camas cubiertas de sarga verdosa arrimadas á la pared de una alcoba, era preciso aprovechar el intenso resplandor del sol de julio; otra cosa ocurría por la tarde, desde las tres, en que se encendía la vela y hora en que ya no costaba distinguir, á través de la ventana del pri-

mer aposento, la silueta de una vieja sentada sobre un escaabel al rincón del fuego, atizando las brasas de un brasero, donde cocía lentamente uno de esos guisotes que saben aderezar las porterías. Dibujábanse algunos raros utensilios de cocina ó de labor en la penumbra y colgados en el fondo de la sala. Velase también una mesa medio rota sostenida por dos patas en forma de X, pero sin mantel, donde la vieja había puesto varios cubiertos de estaño y la comida correspondiente. Completaban tres sillas desvencijadas el mueblaje de esta pieza, que hacía á la vez oficio de cocina y comedor. Encima de la chimenea brillaban un pedazo de espejo, un eslabón, tres vasos, dos pajuélas y un descomunal puchero blanco y desportillado. El ladrillo del suelo, los objetos, la chimenea, todo lo que había allí, halagaba, no obstante, por el orden y la limpieza que respiraba aquel asilo frío y obscuro. El rostro pálido y lleno de arrugas de la vieja armonizaba muy bien con lo tenebroso de la calle y la herrumbre del edificio. Viéndola inmóvil, sentada en su silla, hubiérase dicho que era para la casa aquella, lo que el caracol para su concha; su faz, en que chocaba ver no sé qué vaga expresión de malicia á través de una máscara bonachona, velase adornada por un gorro redondo y blanco cuyas cintas sujetaban, queriendo ocultarlos, aunque torpemente, sus cabellos blancos; sus ojos grandes, grises, parecían estar tan dormidos como la calle, y las arrugas numerosas de su cara podían compararse á las grietas de las paredes. O bien por haber nacido en el seno de la miseria, ó quizás porque se había derrumbado de una posición esplendorosa, es el caso que parecía muy resignada desde mucho atrás á su existencia triste y monótona. Desde el amanecer hasta que llegaba la noche, exceptuando los instantes en que preparaba la comida, ó el tiempo durante el cual se ausentaba para ir con su cesta en busca de provisiones, se pasaba la vida en la habitación contigua, delante de la última reja y frente á una joven, á quien continuamente podían ver los transeuntes sentada sobre un sillón de terciopelo encarnado, la cabeza inclinada sobre su bordado, y trabajando con incantable ardor. Su madre tejía labores de tul, pero sus manos movíanse penosamente; no le auxiliaba la vista, tan débil ya, que le era preciso tener sobre sus sexagenarias narices un par de anteojos, de los que usaban los viejos y que se sostienen en el extremo de las narices gracias á la fuerza con

que las comprimen. Por la noche, estas laboriosas criaturas colocaban en medio una lámpara, cuya luz, pasando á través de dos globos de vidrio llenos de agua, proyectaba un resplandor vivísimo que les permitía ver á una los hilos más sutiles que daban las brocas de su tambor, y á la otra los dibujos más delicados de la tela que bordaba. Gracias al hueco que dejaba la curvatura de los barrotes, había podido colocar la joven en aquella especie de repecho un gran cajón de madera relleno de tierra donde vegetaban algunos capullos olorosos, capuchinos, una madre selva requitica y varios volubles cuyos tallos se encaramaban por los barrotes. Estas plantas casi secas producían flores que casi se marchitaban al brotar, armonizando perfectamente con el conjunto y ofreciendo no sé qué tintas tristes y suaves que completaban el cuadro de aquel ventanal que tan bien servía de marco dorado á las dos figuras principales. El más indiferente grababa en el ánimo, al pasar, el reflejo exacto de la existencia que arrastra en París la clase obrera, puesto que la bordadora no vivía, según las señas, sino de su aguja. No faltaban personas que, después de haberla visto, dejasen de reflexionar cómo era posible que una muchacha así conservase el sonrosado de su tez, viviendo en algo que podía compararse á una caverna. El estudiante que iba en demanda del país de los ensueños, entregándose á su viva imaginación, comparaba aquella vida oscura, monótona como la de los vegetales, á la del césped que cubre las frías tapias, ó á la de los labriegos consagrados á sus ocupaciones, que nacen y viven y mueren ignorados de todos aquellos á quienes su esfuerzo alimenta. El rentista murmuraba, cuando examinaba la casa con aires de hacendado: «¿Qué será de estas dos mujeres si los bordados pierden su actualidad?» ¿Quién sabe si latía algún corazón compasivo entre los que pasaban forzosamente por tener un destino en el municipio ó en el gobierno, ya al dirigirse á la oficina, ya al regresar á sus domicilios? También es posible que algún viudo ó algún Adonis de cuarenta años, yendo y viniendo y fijándose en la intimidad de aquel retiro, contase con la miseria de la madre y de la hija, para conseguir sin grandes sacrificios á la inocente menestrala, cuyas manos ágiles y llenas, cuyo cuello fresco y cuya piel blanca seducían al transeunte, más que por sus gracias, quizás porque el nido de aquella calle sin sol estimulara, admirándole, sus instintos; y no digo, ade-

más, que faltase algún modesto empleado con mil doscientos francos de sueldo, observador asiduo de la laboriosidad de la joven, que, estimando la valía de sus sencillas costumbres, no fuese pensando en el ascenso para unir á su pobreza una existencia tan humilde como la suya, y á un trabajo infatigable, otro no menos pertinaz, ofreciendo, ya que no otra cosa, el brazo viril del hombre para sostener á los dos seres y un cariño tan mustio como las flores que servían de adorno á la reja. Vagos reflejos de no sé qué esperanza en lo porvenir pasaban por los ojos húmedos y grises de la vieja. Después de haber almorzado frugalmente, cogía su labor, más para entretenerse que cumpliendo un deber ineludible, puesto que abandonaba sus antiparras sobre una mesilla de madera pintada, tan fuerte en años como ella si no más, y pasaba revista, desde las ocho y media hasta las diez próximamente, á las personas que de ordinario circulaban por allí; fijábase en sus miradas, tomaba cuenta de su modo de andar, de su manera de vestir, de sus fisonomías, y parecía, dada su actitud, que les recomendaba á su hija, hasta tal punto procuraban establecer sus ojos expresivos y parlanchines la simpática corriente, valiéndose de un juego digno de figurar en los recursos escénicos. Advertíase desde luego que constituía este examen algo así como un espectáculo vivo, y acaso, acaso su única distracción. La muchacha casi no se distraía de su trabajo, de que no apartaba los ojos, no sé si por pudor, ó por la penosa impresión que deja en el ánimo la certidumbre de las angustias que amenazan; para que ella levantase su cabeza inquieta tenía la madre que despertarla con alguna exclamación de asombro. El empleado que estrenaba una levita, el conocido que se presentaba con una mujer del brazo, podían ver, cuando esto ocurría, la nariz ligeramente arremangada de la trabajadora, la boquita de un sonrosado puro y los ojos grises, fulgurantes siempre, á pesar de sus tristes insomnios que sólo se reflejaban por el círculo más ó menos intenso de sus ojeras. Y, sin embargo, la pobre niña diríase que fué criada para el amor y para la alegría: para el amor que dibujara por encima de sus párpados dos arcos perfectos, y que le diera espesas matas de cabellos castaños, tan abundosos, que fácil era esconderse bajo su cabellera como bajo una cortina impenetrable, hasta para el ojo perspicaz y vivo de un enamorado; para la alegría que hinchaba y deshinchaba caprichosa-

mente sus fosas nasales, y que formaba dos hoyuelos en sus mejillas, haciéndole olvidar sus penas casi en el momento de sentir el golpe; para la alegría, repito, esperanza en flor que le daba fuerzas para contemplar sin horrorizarse el árido camino de su existencia. Descubriase, mirando su cabeza, peinada siempre con cuidadoso aliño, que, según la costumbre de las menestras de París, su tocado no acababa sino después de alisar los cabellos en forma que rematase en dos rodetes, por bucles que coqueteaban sobre las sienes y que resaltaban de la blancura de la piel. Tenía tal gracia el nacimiento de su cabellera y daba una impresión tan grata de su juventud y de sus atractivos la línea de difumino dibujada sobre su cuello, que cuando alguien la veía inclinada sobre la labor sin que el ruido de la calle la obligara á levantar la frente, nada tenía de extraño que se figurara tener delante á una coqueta. Lo cierto es que más de un joven volvía en vano la mirada, con el deseo de contemplar su rostro.

—Tenemos, Carolina, un paseante más, y ninguno de los antiguos vale lo que él.

Las palabras que acababa de pronunciar la vieja á media voz cierta mañana de agosto de 1815 vencieron la indiferencia de la joven, que atisbó inútilmente á lo largo de la calle; el desconocido estaba ya muy lejos.

—¿Por dónde se ha marchado?

—Creo que pasará á las cuatro; cuando le vea venir te tocaré con el pie; estoy segura de que vuelve, porque ya hace tres días que toma por esta calle, si bien á horas distintas: el primero llegó á las seis, anteayer á las cuatro, y ayer á las tres. También recuerdo haberle visto anteriormente de cuando en cuando. Debe de ser algún empleado del gobierno, que habrá cambiado de casa en el Marais. ¡Toma! —añadió, abarcando de una ojeada el arroyo, —nuestro caballero del traje marrón se ha puesto peluca. ¡Cómo le desfigura!

Debió ser el tal uno de los transeuntes que cerraban el desfile diario, pues la vieja acomodó sus anteojos, cogió la labor, suspirando, y fijó en su hija tan singular mirada, que hubiérale sido difícil analizarla al mismo Lavater; algo de admiración y algo de gratitud, quizás porque en ella cifraba la esperanza de conseguir un porvenir más agradable, se mezclaba al orgullo de tener una hija tan linda. Hacía

las cuatro de la tarde hizo la señal convenida, y Carolina pudo fijarse á tiempo en el nuevo personaje cuya presencia iba á animar todos los días la escena. Alto, delgado, pálido, vestido de negro, el hombre que frisaba en los cuarenta, presentaba al andar no sé qué actitud solemne; cuando sus ojos, vivos como los del león, penetrantes, tropezaron con los de la vieja, la hizo temblar, porque se le antojó que poseía el don de leer en lo más oculto y que su trato debía ser tan glacial como lo era el aire de aquella calle. ¿Era el color de tierra, el tinte verdoso de su cara, consecuencia de la fatiga producida por un trabajo excesivo? ¿Indicaba falta de salud? Veinte soluciones distintas dió la vieja al problema; sólo Carolina adivinó al otro día, mirando aquella frente en que con tanta facilidad se marcaban las arrugas, las huellas de un profundo sufrimiento moral. Ligeramente surcadas las mejillas conservaban el sello indeleble con que el infortunio marca á sus vasallos, como si quisiera dejarles el consuelo de reconocerse con mirada fraternal y poder unirse para resistir sus embates. Miróle al pronto la joven con cierta curiosidad candorosa, pero á medida que él se alejaba reflejóse en sus ojos una expresión de dulce simpatía. El calor era entonces tan fuerte, y tan distraído caminaba el transeunte, que no cuidó de encasquetarse el sombrero al pasar por aquella calle malsana. Fuéle fácil, pues, á Carolina fijarse en que los cabellos, erizados sobre su cabeza, daban algo de severidad á su semblante. La emoción viva, aunque sin atractivo alguno, que sintió Carolina viendo al hombre, no era como la que otros de los que habitualmente pasaban despertara en su ánimo; por primera vez movíale á compasión desgracias, que no eran las propias ni las de su madre, y nada respondió á las raras conjeturas que avibaban la pintoresca locuacidad de la vieja; manejó su larga aguja por arriba y por abajo de la tirante tela silenciosamente, sintiendo no haber podido observar mejor al extraño y prometiéndose hacerlo cuando se presentara de nuevo, para juzgarle en definitiva. También puede decirse que era la primera vez que uno de los transeuntes le obligaba á pensar tanto; porque lo común solía ser que contestase con una triste sonrisa á los comentarios de la madre, que se figuraba ver en cada uno de los que por allí circulaban un protector para su hija. Si tales ideas, que tan imprudentemente se fijaban en su cerebro, no despertara-

ron ningún mal pensamiento en su imaginación, hay que explicarse la indiferencia de Carolina por el despótico é ineludible yugo de un trabajo que consumía las fuerzas de su adorable juventud y que habla de alterar, tarde ó temprano, la límpida mirada de sus ojos ó arrebatar á sus blancas mejillas el tierno sonrosado que las matizaba aún con tan brillantes colores. Pasaron dos meses largos, interminables, en que el *señor negro*, tal era el dictado que se le daba, continuó presentándose sin norma, dejando algunos días en claro, por la calle del Molinete; á lo mejor la vieja le veía por la tarde sin que su mirada tropezase con él por la mañana, y no era tan fijo en las horas como otros empleados, que servían de cronómetro á la señora Crochard; en una palabra, excepción hecha del primer encuentro, cuando, como se ha dicho, su mirada infundió temor medroso á la vieja, no había vuelto su mirada á fijarse en el cuadro que ofrecían las dos gnomos hembras. Descantando dos anchos portales y la oscura tienda de un tratante en hiero viejo, no se veían por la calle del Molinete más que enrejados que daban paso á la lúgubre luz de las escaleras próximas. Su poca curiosidad no podía, pues, achacarse á peligrosa rivalidad; á la señora Crochard le molestaba que su negro señor pasase siempre preocupado, con la vista baja ó mirando á las alturas, ni más ni menos que si pretendiera descifrar lo venidero en la espesa niebla del Molinete. Sin embargo, una mañana, hacia fines de septiembre, la cabeza movida, juguetona, de Carolina Crochard se destacó con tal brillo del fondo oscuro del cuarto, y pareció tan fresca entre las flores y el follaje entrelazados alrededor de los barrotes de la ventana; ofreció aquel interior tales contrastes de sombra y de luz, de blanco y de rosa, casados con tan raro acierto estos matices para que completasen el adorno, aquí oscuro, allá rojo, del mueblaje, que el desconocido contempló atentamente el cuadro que animaba la obrera con su figura. Cansada de que su señor negro pasara indiferentemente, la vieja había tomado el partido de que sus devanaderas armasen tanto alboroto, que el receloso y sombrío transeunte hubo de levantar la vista, fijándose en el punto de donde provenía el inusitado rumor. El desconocido cambió con Carolina una mirada expresiva, y aunque fué rápida, no por ello dejaron de tener conciencia, al sentir no sé qué choque íntimo, de que los dos pensarían á la vez en el destino de ambos. Tan pronto como

el desconocido se presentó, Carolina pudo ya adivinar, sin que levantara la cabeza, que era él, por el rumor de sus pasos, y cuando se miraron, puede decirse que á la par lo hicieron premeditadamente; leíase en los ojos del desconocido cierta expresión afectuosa que obligó á que ella se ruborizara. La vieja cazó la mirada de uno y de otro con aire satisfecho. Lo bueno fué que, á contar de mañana tan memorable, el señor negro pasó regularmente dos veces al día por la calle del Molinete, exceptuando muy marcados días, que no pasaron desapercibidos á las dos mujeres: fijándose en la poca exactitud de las horas de regreso, sacaron en conclusión que no era ni tan libre ni tan exacto como un empleado subalterno. Viéronse Carolina y el desconocido dos veces al día, durante los tres primeros meses de invierno, el breve espacio que él empleaba en franquear la distancia comprendida entre la puerta y las tres ventanas subsiguientes de la casa, y cada día adquirió la corta entrevista caracteres de benévola intimidad, tales que á poco tuvo no sé qué sello fraternal, y ambos se comprendieron; más tarde, á fuerza de mirarse, diríase que el conocimiento se hizo más profundo, y no tardó en parecer la presentación diaria del transeunte, como una visita que debía á Carolina: si pasaba su señor negro sin regalarle la imperceptible sonrisa de sus expresivos labios ó la mirada amiga de sus ojos oscuros, veíase la desazonada como si le faltase algo. Era ella como esos viejos á quienes la lectura de su diario proporciona tanto goce, que al otro día de una fiesta solemne corren nerviosos á pedir, sin darse cuenta de ello, comidos de impaciencia, la hoja con que engañan algunos momentos de su vacía existencia. Las fugaces entrevistas ofrecían para los dos el mismo interés que una conversación íntima entre amigos, pues del mismo modo que Carolina no sabía ocultar su tristeza, sus inquietudes, su malestar, á la mirada inteligente del hombre, éste no alcanzaba á ocultar tampoco ninguna de sus preocupaciones. «Se disgustó ayer», pensaba la menestrala observando el rostro demudado del señor negro. «¡Oh, ha tenido que trabajar mucho!» decía otras veces descubriendo otras modificaciones de los rasgos fisonómicos que ella sabía distinguir. A su vez el desconocido acertaba si había pasado la joven el domingo dando de mano á la costura ó al bordado que le convenía acabar: cuando se acercaban los apuros del alquilar, veía cómo anublaba aquella linda faz la inquietud, y

descubría perfectamente si velaba ó no; pero no echaba en saco roto que los pensamientos tristes se habían ido borrando gradualmente de la fresca cabecita, á medida que sus mudas simpatías aumentaban. Cuando vino el invierno secando los capullos y el follaje del tiesto que florecía en la reja, cuando la ventana se cerró, el desconocido observó con maliciosa sonrisa la claridad extraordinaria que reflejaban los cristales iluminando la cabeza de Carolina. Lo mezquino de la lumbre, algunas señales de rubor que aparecían en el rostro, denunciáronle la indigencia en que vivían las dos mujeres; pero si adquirían los ojos del hombre un tinte de compasión dolorosa, fingíale Carolina con orgullo que su corazón estaba alegre. Los sentimientos cerrados en el fondo de su pecho continuaban ocultos, sin que ningún sucesos viniera á descubrirles su fuerza y su intensidad. No habían oído aún el son de su voz, y se guardaban, como de la desgracia, de entrar en más íntimas relaciones, porque cada cual temía, sin duda, arrastrar al otro á un infortunio más terrible que el que les ponía en la tentación de unirse. ¿Les alejaba así la delicadeza de un cariño pudoroso? ¿Era por recelo egoísta, ó consistía en la desconfianza atroz que separa á todos los habitantes reunidos dentro de los muros de una ciudad populosa? ¿Advertíales la conciencia que huiesen de algún peligro inmediato? Difícil fuera explicar aquel sentimiento que á la vez les convertía en amigos y enemigos, tan indiferentes como afectuosos, tan unidos por el instinto como separados por la realidad. También era posible que desearan mantener ambos frescas sus ilusiones: hubiérase dicho que temía el hombre oír algunas palabras bajas y groseras en labios tan delicados, tan puros como una flor, y que Carolina no se creía digna de aquel ser misterioso, por las trazas poderoso y rico. En cuanto á la señora Crochard, á fuer de madre cariñosa, descontenta de la indecisión que embargaba á su hija, mostraba ya un ceño adusto á su señor negro, mientras que hasta entonces le había sonreído con aire tan complaciente como servil. Nunca se había quejado tan amargamente de verse obligada, con los años que arrastraba, á cocinar; no había memoria de que su reumatismo y sus resfriados le arrancasen, en iguales épocas, gemidos tan lastimeros; y para colmo de males no consiguió tejer, en todo el invierno, el número de varas que había calculado Carolina. Estando en esto, y hacia el fin de di-

ciembre, cuando el pan se vendía más caro, cuando empezaba la carestía del trigo, que hizo tan cruel el año 1816 á los pobres, el transeunte notó en el rostro de la joven, cuyo nombre ignoraba, señales horrorosas de un dolor oculto que en vano pretendía borrar con sus sonrisas. No tardó en descubrir, leyéndolo en sus ojos, la pesadumbre del trabajo nocturno. Y contra lo que acostumbraba, se presentó cierta noche de las últimas de aquel mes, y á cosa de la una de la madrugada, en la calle de *Tourniquet-Saint Jean*. Gracias al silencio que reinaba, pudo oír, antes de llegar á la casa de Carolina, la voz llorosa de la vieja y la más doliente de la joven, cuyo eco resonaba confundido con el tintineo de una lluvia de nieve; adelantó el hombre despacio hacia el pie de la reja, y se agazapó, aun á riesgo de que le detuviesen, delante de la ventana, tratando de oír lo que hablaban madre é hija y contemplándolas por el agujero más grande, de los que recortaban el cortinaje de muselina amarillenta haciendo que se pareciera á una de esas grandes hojas de col comidas en redondo por las orugas. Vió el curioso un papel sellado sobre la mesa que separaba las labores respectivas de las mujeres, y reconoció fácilmente que se trataba de una citación. Lloraba la señora Crochard y la voz de Carolina tenía un acento gutural que alteraba el timbre dulce y cariñoso.

—¿Por qué te asustas así, madre mía? El señor Molineux no venderá nuestros muebles, ni nos echará antes de que yo termine este trabajo. Dos noches más, y podré entregarla á la señora Roguín.

—¿Y si te hace aguardar, como ocurre otras veces? Después ¿con qué pagaremos al panadero?

Poseía el espectador de esta escena tal hábito de leer en la cara, que creyó adivinar tanto fingimiento en la amargura de la vieja, como verdad en la pena de la joven. Se alejó el hombre rápidamente y volvió algunos instantes después. Cuando miró de nuevo por su atalaya, la madre se había acostado, y la hija trabajaba con infatigable ardor; sobre la mesa, y al lado de la papeleta de desahucio, veíase un pedazo de pan, cortado triangularmente, y puesto allí, sin duda, para que se alimentara durante la noche, recordándole la recompensa de su conducta valerosa. Sintió el desconocido que se le partía el corazón, que temblaba, ganado por el enternecimiento, y echando mano á su bolsa, la arrojó á los

pies de la joven, introduciéndola por la hendidura de un cristal roto; después, sin querer gozar de la sorpresa que había de producir, escapóse con el pecho palpitante y encendidas las mejillas. Al día siguiente pasó fingiendo estar distraído, pero no pudo evitar que Carolina le demostrase su agradecimiento; había abierto la reja y se entretenía en cavar con un cuchillo el cajón que cubría la nieve, pretexto tan ingenioso como torpemente manejado con que anunciaba á su bienhechor que por aquella vez no quería verle á través de los vidrios. Con los ojos arrasados en lágrimas hizo la bordadora un mohín en que se leía: «Sólo puedo pagar con el corazón». Pero pareció que el señor negro no comprendía palabra de semejante gratitud. Cuando pasó por la tarde, Carolina estaba pegando un papel al cristal roto, y sonrió, mostrando, como una promesa, el esmalte de sus dientes blanquísimos. Desde entonces tomó el señor negro otro camino y no se le volvió á ver por la calle del Molinete.

En los primeros días del mes de mayo, la mañana de un sábado en que Carolina pudo descubrir entre las dos líneas oscuras de las casas un poco del cielo azul, claro y sin nubes, mientras regaba la madreSelva, dijo con aire gozoso á su madre:—Mamá, es preciso ir á pasear mañana por Montmorency.—No había hecho más que pronunciar estas palabras, cuando reapareció el señor negro, más triste y abatido que nunca; la casta y tierna mirada que le dirigió Carolina podía muy bien pasar por una invitación. Al otro día, cuando la señora Crochard, emperijilada con cuerpo de merino bayo y rojo, y luciendo un sombrero de seda y un chal de cuadros imitando á la piel de cachemira, se presentó en la esquina que forman las calles *Faubourg-Saint-Denis* y *Enghien* para escoger uno de los coquetones carruajes destinados á las afueras de París, tropezó con su desconocido, de plantón en aquel punto, como hombre que espera á su mujer. Su cara ceñuda despejóse luego que descubrió á Carolina, dibujándose en sus labios una sonrisa placentera; calzaba la joven botinas, en forma de polainas, de color terroso; la ropa blanca, revuelta por el viento, enemigo de las mujeres mal forjadas, dibujaba sus formas seductoras; su tez, sombreada por el sombrero pajizo con espigas y revestido de seda color rosa, parecía iluminada al reflejo de resplandores celestes; su ancho cinturón hacía resaltar la estrechez de un talle que podía encerrarse en el hueco de las

manos, y sus cabellos, partidos en dos ondas que parecían manchas de difumino sobre su frente alabastrina, le daban cierto aire candoroso que no desmentía su actitud toda. Era tal el goce de su corazón, que la alegría proporcionábale no sé qué ligereza, reanimando con la esperanza de divertirse su figura, y de repente se borró aquella claridad diáfana; habíase fijado en la presencia del señor negro, que, irresoluto en un principio, se decidió á ser compañero de excursión en el paseo de la joven, tan pronto como notó el cambio que experimentara su semblante. Hasta tal punto le sacó de quicio el ver que el rostro de su amiga pasaba de la sorpresa á la felicidad, que alquiló un cabriolé para ir á Saint-Leu-Taverny, y rogó á la señora Crochard y á su hija que le acompañasen. Aceptó la vieja sin hacerse de rogar, y sólo cuando trotaban por el camino de Saint-Denis, echó de ver que era necesario hacerse la melindrosa, y aventuró algunas excusas corteses acerca de la incomodidad que proporcionaban á su compañero.

—Es posible que este señor deseara ir solo á Saint-Leu—murmuró con fingida afabilidad. No tardó en quejarse del calor que hacía, y sobre todo del maldito catarro, que, según afirmaba, no le había dejado cerrar los ojos en toda la noche; de manera, que aun no se hallaba á la altura de Saint-Denis, cuando la señora Crochard dormitaba, ó parecía descabezar un sueño; los ronquidos alarmaron al señor negro, quien frunció las cejas, mirando á la pobre señora con aire receloso.

—Duerme—dijo con toda ingenuidad Carolina;—debe estar muy fatigada, puesto que no ha dejado de toser en toda la noche.

Por toda respuesta, sonrió el hombre maliciosamente, como queriendo significarle:—¡Inocente criatura! ¿no conoces aún á tu madre?—Pero no obstante su desconfianza, cuando el coche rodó por la larga enramada de álamos que conduce á Eaubonne, creyóla el señor negro realmente dormida; también es posible que desistiera de comprobar si fingía ó no la vieja su sopor, y, ó porque la limpidez del cielo hermoso y el aire puro del ambiente y los perfumes embriagadores del campo que exhalaban los tempranos retoños de los árboles, las flores de los sauces y las de los almendros hubiesen preparado su corazón á esponjarse como se esponja la naturaleza, ó porque le pareciera importuno per-

manecer seco y huraño, y los ojos fulgurantes de Carolina respondiesen á las inquietas miradas de los suyos, el caso es que entró en conversación con su acompañante y que el coloquio fué tan ligero y débil como el balanceo de las hojas movidas por las brisas, tan vago como las vueltas que da la mariposa en el aire azul, tan dulce como la voz melodiosa de los campos, pero también tan rico en misterio y en amor. No vibra la campiña en esta época, del mismo modo que tiembla la desposada cuando se viste su traje de novia; no convida á gozar aun á las almas menos sensibles. Cuando se dejan las calles obscuras y tenebrosas del *Marais* por primera vez desde el último otoño; cuando se corre por el armonioso y pintoresco valle de Montmorency, de mañana, viendo vagar delante de los ojos sus espléndidos horizontes, y anegando la mirada en otra que refleja lo infinito del amor, ¿qué corazón permanecerá frío, qué labios silenciosos? El desconocido observó que Carolina era más jovial que aguda, más amorosa que instruida; pero si la risa revelaba su aturdimiento, en cambio sus palabras descubrían no sé qué sentir sincero y virgen. Cuando á las sagaces preguntas de su interlocutor contestaba la joven con la sinceridad que caracteriza á los humildes, sin reticencias como las que usan en su lenguaje los que han nacido en altas esferas, el semblante del señor negro se animaba, remozábase, perdiendo paulatinamente la tristeza que contraía sus rasgos fisonómicos, y pasando por todas las tintas, hasta adquirir un aire de juventud y de belleza tales que Carolina se sintió halagada y orgullosa. Adivinó la linda bordadora que su protector, muy curtido en las lides de amor, no creía ya en la abnegación de la mujer. En fin, una agudeza inesperada del ligero palique de la muchacha dió al traste con el último velo que, disfrazando los años, daba al rostro del desconocido una expresión que no era la suya; pareció que reñía entonces con ideas importunas que le enfurruñaban, y desplegó toda la vivacidad de espíritu que recataba su ceño grave. La conversación fué insensiblemente tan familiar, que cuando el carruaje se detuvo ante las primeras casas del extenso villorrio de Saint Leu, Carolina llamaba ya al desconocido señor Roger. La madre se despertó en aquel momento.

—Todo lo había escuchado, Carolina—murmuró Roger con voz recelosa al oído de la joven.

Contestóle Carolina con tan encantadora sonrisa de incredulidad, que la nube sombría que el temor de que la madre obrase con segundas amontonó sobre la frente de aquel ser desconfiado, se disipó. La señora Crochard aprobó cuanto se le dijo, sin admirarse de nada, y siguió á su hija y á Roger al parque de Saint-Leu, según convenio de ambos, que deseaban visitar las risueñas praderas y los bosquecillos undosos, que el gusto de la reina Hortensia ha hecho tan célebres.

—¡Dios mío, qué hermoso es esto!—gritó Carolina, fijándose desde la verde cima donde comienza el bosque de Montmorency, en la inmensa hondonada que extendía á sus pies el terreno sinuoso, esmaltado de caserío, los azules horizontes de sus colinas, sus campanarios, sus prados, sus campiñas, levantándose de cien puntos distintos un sordo murmullo que fué á perderse en los oídos de la joven como el rumor lejano de las olas.

Costearon los tres las orillas de un arroyo manso, y se vieron á poco en el valle suizo en cuyo *chalet* se refugiaron tantas veces la reina Hortensia y Napoleón. Cuando Carolina se hubo sentado con religioso respeto en el banco de madera recubierto de musgo donde reposaron los reyes y las princesas y el emperador, la señora Crochard, pretextando que deseaba examinar de cerca un puente suspendido entre dos rocas, que se distinguía á lo lejos, se dirigió en demanda de aquella curiosa y campestre belleza, dejando á su niña bajo la guarda del señor Roger, pero advirtiéndoles que no les perdería de vista.

—La verdad, pequeña mía, ¿no ha sentido usted nunca deseos de ser rica, de disfrutar los halagos y comodidades del lujo, de vestir las telas que bordan sus manos?

—Mentiría, señor Roger, si dijera que no pienso en las venturas de los que poseen dinero. Vaya que sí; sueño á menudo, y sobre todo cuando empiezo á dormirme, en lo feliz que yo sería si mi pobre madre no tuviese que ir, á su edad, en busca de nuestras provisiones, y aunque el tiempo sea duro y horrible. Me agradaría tener criada, para que, mientras la vieja estuviese arropada en su lecho, le llevase por las mañanas su café endulzado con azúcar blanco. Le gusta á la pobre leer novelas, y yo preferiría que cansase sus ojos en las lecturas favoritas y no en manejar sus hilos desde la mañana hasta la noche. No le sentaría mal un poco

de vino rancio. En una palabra, quisiera verla dichosa, por que jes tan buena!

—¿Ha probado, pues, su bondad con usted?

—¡Oh! sí—replicó la joven gravemente. Y después de una pausa corta durante la cual miraron los dos jóvenes á la señora Crochard que, ya en medio del puente rústico, les amenazaba con la mano, continuó diciendo:—¡Sí que me ha dado pruebas! ¡Cuánta solicitud para criarme, siendo yo pequeña! Vendió sus últimos cubiertos de plata para que yo aprendiese á bordar. Pues ¡y mi pobre padre! ¡Cuántas penas no pasó ella para hacerle llevaros sus últimos instantes!—Este recuerdo hizo temblar á la joven, que se cubrió la cara con sus manos.—¡Bah! no pensemos en las desventuras pasadas—dijo, intentando recobrar su acento festivo. Ruborizóse viendo que sus frases enternecieron á Roger, y no se atrevió á mirarle de frente.

—¿Qué era su padre?

—Pertenece al baile de la Opera antes de la revolución—contestó con el aire más natural del mundo.—Mi madre cantaba en los coros. Mi padre, que dirigía siempre las maniobras militares en escena, se encontró casualmente entre los que se apoderaron de la Bastilla. Reconocido por algunos de los asaltantes, preguntáronle si no se atrevería á dirigir un ataque verdadero como lo hacía con los simulados; y como era valiente, aceptó; condujo á los revoltosos, y por premio obtuvo el grado de capitán con destino al ejército de *Sambre-et-Meuse*, donde se portó de modo que ascendió rápidamente á coronel. Por desgracia, fué herido de tal gravedad en Lutzen, que vino á morir aquí, en París, después de un año de padecimientos. Como han sido repuestos los Borbones, mi madre no ha logrado pensión ninguna, y hétenos en tan gran miseria, que no hay más remedio que trabajar para vivir. Ahora, hace algún tiempo que la buena mujer está enfermiza, y por eso quizás no la he visto nunca tan poco resignada con su suerte; se queja, y no hay que reñirla, porque recuerda las dulzuras de otra existencia feliz. Yo, por lo que á mí toca, no echo de menos las comodidades de que no he disfrutado, y sólo pido al cielo...

—¿Qué?—preguntó vivamente Roger, que estaba meditando.

—Que las señoras lleven siempre telas bordadas, para que no me falte jamás labor.

Agradó al hombre la ingenua franqueza con que respondió la moza, y ya no miró con aire tan hostil á la señora Crochard cuando volvió á incorporárseles, andando con mucha lentitud.

—¿Qué tal, hijos míos? ¿se han despachado ustedes á su gusto?—preguntó con acento entre indulgente y burlón.—¡Cuando se piensa, señor Roger, que ahí mismo se sentó *aquel cabo!* ¡Pobre! Mi marido le quería mucho, y de seguro que ha hecho bien Crochard en morir, pues no hubiera resistido á la pena de verle donde *ellos* le han puesto.

Roger se llevó un dedo á los labios, y la pobre vieja, meneando la cabeza en señal de haber entendido, repuso gravemente:

—Basta, boca cerrada y lengua quieta. Pero—añadió, abriendo el extremo de su corpiño y enseñando una cruz con su cinta roja, suspendida del cuello—no me impedirán *ellos* que lleve lo que el *otro* ha otorgado á mi pobre Crochard, y cierto, como el día, que me haré enterrar con...

Al oír palabras que tenían entonces carácter de subversivas, interrumpió Roger á la vieja, levantándose bruscamente, volviéronse al lugar, atravesando las calles de árboles del parque. El joven dejó á las mujeres solas el tiempo necesario para encargar tres cubiertos al mejor fondista de Taverny; á poco volvió, acompañándolas por los senderos del bosque. La comida fué alegre. Roger no era ya la siniestra sombra que pasaba en tiempos anteriores por la calle del Molinete; parecíase, más bien que al *señor negro*, á un joven confiado, dispuesto á dejarse llevar por la corriente de la vida, como lo hacían aquellas dos damas indiferentes y trabajadoras, á quienes era posible que al día siguiente les faltase pan; como si sintiera el influjo de los primeros goces de la juventud, su sonrisa era cariñosa y tenía algo de infantil. A las cinco dió fin el banquete, rociándolo con algunos vasos de champagne, y entonces propuso Roger que podían ir, por un camino que sombreaban los castaños, al baile del villorrio, donde bailarían Carolina y él: sus manos hicieron, al estrecharse, un signo de inteligencia, y sus corazones latieron reanimados por la misma esperanza; y bajo el cielo azul, á la luz de los rayos oblicuos y encendidos que mandaba á la atmósfera el sol poniente, sus miradas fulguraron con tal brillo, que era pálido, comparado con él, el resplandor del horizonte. ¡Raro poder el que tiene una idea ardientemente

deseada! No había cosa que les pareciera imposible á estos dos seres. En momentos así, de encanto, en que la dicha proyecta sus mágicos reflejos hasta en lo porvenir, el alma no entrevé más que venturas. El día gozado de tal manera levantaba ya en su espíritu recuerdos que á ningún otro de su vida podían comparar. ¿Será el manantial de un río más hermoso que la corriente, tendrá más encantos el deseo que el goce, y más atractivos lo que se espera que lo que se posee?

—¡Ya hemos pasado el día!

Oyendo esta exclamación, que se le escapó á él cuando terminó el baile, miróle Carolina compasivamente. Conmovióle el ver que volvía á su rostro un ligero tinte de tristeza.

—¿Por qué no está usted tan contento en París como aquí?—le dijo.—¿No existe la felicidad más que en Saint-Leu? Pues á mí me parece que ya no puedo ser desgraciada en ninguna parte.

El hombre se estremeció al recoger estas palabras, que salían con aquel dulce abandono que arrastra siempre á las mujeres más lejos de lo que desearían ir, del mismo modo que la prudencia las hace en ocasiones más crueles de lo que son. Un mismo pensamiento se grabó en la imaginación de Roger y de Carolina, y si no lo expresaron, lo sintieron á la par, heridos por una misma emoción grata, que puede compararse á la de un fuego que les hubiera consolado de los rigores del invierno; después se dirigieron rápidamente, como si les asustase aquel silencio expresivo, al lugar donde les esperaba el coche; pero antes de subir, cogiéronse fraternalmente de las manos y corretearon por delante de la señora Crochard. Cuando no distinguieron el blanco gorro que les marcaba los pasos de la vieja como un punto de mira á través de las hojas, murmuró Roger con la voz trémula y el corazón palpitante:

—¡Carolina!

La joven retrocedió confusa algunos pasos, comprendiendo todo lo que pedía aquella voz cariñosa; sin embargo, tendió su mano, que fué besada con apasionamiento, y que retiró apresuradamente; pues, irguiéndose de puntillas, vió que se acercaba su madre. La señora Crochard fingió no haber visto, como si, recordando sus antiguos papeles, no figurase en la escena sino con un aparte.

No continuó la aventura de estos dos jóvenes en la calle

del Molinete. Para dar con Carolina y Roger es preciso pasearse en el centro del moderno París, donde se encuentran, dentro de las casas últimamente edificadas, habitaciones que parecen preparadas ex profeso para que los novios pasen su luna de miel; la pintura, el empapelado, son tan recientes, que sirven muy bien de marco á los nuevos esposos; su amor empieza como el decorado; todo armoniza en el nido con las ideas radiantes, con los fogosos deseos. En la calle Taitbout había una casa cuya piedra de sillería blanqueaba aún; las columnas del vestibulo y las de la puerta no tenían mancha alguna y las paredes brillaban ostentando los lindos dibujos que nuestras primeras relaciones con Inglaterra pusieron de moda. El segundo piso de esta casa había sido preparado de modo que no parecía sino que el arquitecto adivinara el destino que iba á dársele. Un recibidor sencillo, estucado hasta la altura de la mano, conducía á un salón y á un comedorcillo. El primero comunicaba con una alcoba muy coqueta que á su vez daba al cuarto del baño. Las chimeneas estaban adornadas con grandes espejos cuya luna encuadraban elegantes frisos. Ostentaban las puertas artísticos arabescos y eran las cornisas de un estilo clásico. Cualquiere aficionado habría reconocido en todo aquello el arte del adorno que revela el gusto de nuestros arquitectos modernos. En este piso, amueblado por uno de esos tapiceros que obedecen á la indicación de los artistas, habitaba Carolina hacía un mes escasamente. Con describir brevemente la pieza principal bastará para que se tenga idea de los encantos que tenía para la joven la casa con que le brindó Roger. Colgaduras de color gris combinadas con adornos de seda verde decoraban su dormitorio. Los muebles, con fundas de casimir claro, ofrecían ese aspecto ligero y gracioso que responde á las exigencias del buen tono; una cómoda de madera con incrustaciones de tintas oscuras guardaba todas las preciosidades de su atavío; una mesa escritorio, que armonizaba con el otro mueble, servía para escribir ternezas en papel perfumado; la cama, colgada á la antigua, sólo podía inspirar sensaciones voluptuosas, por lo suave de sus muelles y elegantemente dispuestas; las cortinas, que eran de seda gris con franja verde, estaban tendidas de modo que dejaran siempre allí un adorable claro oscuro; un reloj de bronce representaba al Amor coronando á Psiquis, y por último, un tapiz con dibujos góticos grabados en un fondo

rojizo hacía resaltar los ornamentos secundarios de lugar tan delicioso. Frente á una figura mitológica veíase un tocador ante el cual se impacientaba la ex bordadora, murmurando del arte de Plaisir, que era un notable peluquero.

—¿Acaba usted ó no acaba mi peinado hoy?—preguntó.

—¿Tiene la señora los cabellos tan espesos y largos!

Carolina sonrió. La adulatora frase del artista acababa de traerle á la memoria, sin duda, los apasionados elogios que hacía su amigo de una cabellera que adoraba. Cuando el peluquero se marchó, la doncella vino á asesorarle acerca del tocado que gustaría á Roger. Se hallaban entonces á principios de 1816, y hacía irlo, por lo que fué escogida una tela de granadina verde. Ya vestida, se dirigió Carolina al salón, y abriendo la vidriera, salió al balcón que decoraba la elegante fachada y cruzó sobre los hierros los brazos en encantadora actitud, no por coquetería, para que la admirasen los transeúntes y verles volver la cabeza, sino para atisbar á lo largo de la calle Taitbout. Esta ojeada, que podía muy bien compararse á la que los cómicos dan á través del agujero del telón, le permitía abarcar el conjunto de coches y de la multitud, que pasaban con la rapidez de las sombras chinescas. No sabía si volvería Roger á pie ó en carruaje, y por eso estuvo fijándose minuciosamente en los paseantes y en los tñburis, vehículos ligerísimos que importaron los ingleses. Expresivos gestos de revuelta y de cariño se dibujaban en su semblante cuando, después de esperar un cuarto de hora, su mirada ni su corazón no le habían advertido que llegaba el que estaba aguardando. ¡Con qué desprecio, con cuánta indiferencia miraba á todas las criaturas que burbujaban como hormigas á sus pies! Fulguraban, brillantes de malicia, sus ojos grises. Consagrada por entero á su pasión, evitaba que le rindiesen pleito homenaje, con tanto afán como los más orgullosos muestran por recibirlo cuando se pasean por París, y no le producía recelo ninguno el pensar si el recuerdo de su rosada tez, de su busto colgado sobre la bandrilla, ó de su pie pequeño y breve que salía por entre los hierros; si la expresión picaresca y mordaz de sus ojos y de su nariz, voluptuosamente levantada, se borraría ó no al día siguiente del corazón de los transeúntes que la admiraban al paso; no veía ella en su pensamiento más que una sola figura, y no tenía la idea fija más que en un solo ser. Cuando vió que rompía la línea lejana la cabeza manchada

de cierto caballo bayo obscuro, se levantó Carolina de puntitas queriendo descubrir las bridas blancas y el color del tñburi. ¡Era él! Roger volvió la esquina de la calle, y mirando al balcón, azotó al bruto, que se lanzó al galope y llegó en dos brincos hasta la puerta bronceada, que conocía tan bien como su amo. Ya había abierto la del piso la doncella, que oyó la exclamación gozosa de su señora, y Roger entró en la sala, cogiendo por el talle á Carolina y abrazándola con la efusión propia de las entrevistas poco frecuentes de dos seres que se adoran; arrastrándola, mejor dicho, marchando los dos guiados por una voluntad unánime, cogidos del brazo, hacia la encantadora, discreta y perfumada habitacioncilla, sentáronse en un confidente delante del hogar de la chimenea, y se contemplaron silenciosos, no comunicándose su dicha más que por fuertes apretones de manos y sus pensamientos por sus vivas miradas.

—Sí, sí, es él—murmuró al cabo ella,—eres tú. ¿Sabes que hace tres días interminables que no te veo? ¡Un siglo! Pero ¿qué tienes? ¿Tienes alguna pena?

—Pobre Carolina mía...

—Sí, eso es; pobre Carolina...

—No te rías, ángel mío; no podemos ir esta noche á Feydeau.

Apareció en el rostro de la joven un mohín de enojo que se borró en seguida.

—¡Cuán tonta soy! ¡Qué he de pensar en espectáculos cuando te veo! Verte ¿no es el único espectáculo que me gusta?

—replicó, acariciando con sus dedos los cabellos de Roger.

—Me veo obligado á ir á casa del procurador general; tenemos entre manos un asunto espinoso; me encontré hace poco, y como yo llevo la voz cantante, me ha comprometido á comer con él; pero eso no importa, querida, para que vayas á Feydeau con tu madre; ya os iré á buscar, si la entrevista concluye temprano.

—¡Cómo! ¡ir á la función sin que tú vengas!—murmuró con aire asombrado—sentir un goce de que tú no participaras! ¡Oh! mi Roger, bien merecería usted que no se le abrazase.

Y concluyó, saltándole al cuello con un movimiento tan ingenuo como voluptuoso.

—Carolina, tengo que vestirme aún. El Marais está lejos, y tengo varios negocios que ultimar.

—Mucho cuidado, caballero, con lo que se dice—interrumpió la joven.—Mi madre asegura que cuando los hombres empiezan á hablar de sus asuntos es que no nos aman ya.

—¿Pero no he venido, Carolina? ¿No he robado esta hora á mi implacable...?

—Chito—dijo tapando con sus dedos la boca de Roger, —chitón; ¿no ves que yo me burlo?

Habían vuelto al salón y Roger se fijó en un mueble que había llevado aquella misma mañana el tapicero. El viejo telar de madera que servía para las labores con cuyo producto se alimentaban Carolina y su madre en la calle de *Tourniquet Saint-Jean* había sido restaurado y ya sostenía tirante una tela de tisú con hermosos dibujos.

—Ahí tienes, amigo mío; así trabajaré esta noche. Bordando, bordando, creeré estar aún en aquellos primeros días cuando tú pasabas sin decir palabra, pero no sin mirarme; aquellos días en que el recuerdo de tus miradas me tenía desvelada durante la noche. ¡Oh, mi querido telar, el mueble más precioso de mi sala, aunque no proceda de tu mano! No sabes... —añadió sentándose sobre las rodillas de Roger, que, impotente para recibir tan dulces emociones, había caído sobre un sillón.—Oyeme bien; quiero dar á los pobres todo cuanto gane bordando. Tú me has enriquecido. ¡Cómo amo la linda tierra de Bellefeuille, menos por lo que representa, que porque me la has legado tú! Pero, dime, Roger mío; yo quisiera llamarme Carolina de Bellefeuille, ¿puedo ó no? Tú debes saberlo. ¿Es eso legal? ¿está tolerado?

Viendo en los labios de Roger una mueca afirmativa, inspirada por su odio al nombre de Crochard, Carolina se puso á dar saltos y palmadas.

—Se me figura que así te perteneceré más aún. Lo común es que la mujer renuncie á su nombre y adopte el de su marido...

Una idea importuna la hizo sonrojar; cogió una mano de Roger y le condujo delante del piano, que estaba abierto.

—Escucha—dijo,—ya sé mi sonata como la sabe un ángel.

Y sus dedos corrían ya por las teclas de marfil, cuando se sintió cogida por el talle y arrebatada fuera de su asiento.

—Mira, Carolina, que ya debiera hallarme lejos.

—¿Quieres marcharte? Pues anda, vete—contestó hociqueando; pero en seguida sonrió después de mirar el cronómetro, y exclamó jovialmente:—Siempre resulta que te he retenido un cuarto de hora más.

—Adiós, señorita de Bellefeuille—murmuró él con dulce y amorosa ironía.

Aceptó la joven el beso que le brindaba Roger, y le acompañó hasta el dintel de la puerta; cuando no resonaron ya sus pasos en la escalera, corrió al balcón para verle montar en el tálburi y coger las bridas; para apoderarse de su última mirada y oír el restallar de la fusta y el ruido de las ruedas sobre las baldosas; para seguir con los ojos al fogoso caballo, y distinguir, perdiéndose á lo lejos, el sombrero del señor y el galón de oro que ornaba el del jockey; para continuar mirando, en fin, largo tiempo aún, después de que el ángulo obscuro de la calle se la hubiese borrado, esta visión.

Cinco años después de haberse instalado la señorita Carolina de Bellefeuille en la linda casa de la calle Taitbout, ocurrió, por segunda vez, una de esas escenas íntimas que estrechan más y mejor los lazos de cariño entre dos seres que se aman. En mitad del salón azul, delante de la ventana que se abría sobre el balcón, movía un alboroto de todos los demonios un chiquillo de cuatro años y medio, zurriagando su caballo de cartón, porque los dos arcos curvados que sostenían los pies no corrían tan presurosos como era su deseo; su linda cabecita de cabellos rubios que caían en mil bucles de oro sobre una gorguera bordada, sonrió con su cara de ángel á su madre cuando ésta le gritó desde su poltrona:

—No hagas tanto ruido, Carlos: vas á despertar á tu hermanita.

El curioso niño bajó bruscamente del caballo, adelantóse de puntillas como si tuviera miedo del ruido de sus pasos sobre la alfombra, púsose un dedo en la boca, permaneció en una de esas actitudes infantiles que si tienen tanta gracia es porque todo resulta en ellas natural, y levantó la gasa blanca que ocultaba el fresco semblante de la pequeña, dormida en las rodillas de su madre.

—¿Duerme Eugenia?—preguntó admirado.—¿Y cómo es que duerme, cuando nosotros estamos despiertos?—añadió, abriendo unos ojos negros muy grandes.

—Sólo Dios sabe eso—respondió sonriendo Carolina.

La madre y el hijo contemplaron á la criaturita, que había sido bautizada aquella misma mañana. A la edad de veinticuatro años, que eran los que tenía entonces, Carolina estaba en el pleno desarrollo de una belleza esponjada en la venturosa existencia sin nubes y de interminables goces. Nada faltaba á la mujer, ni en su físico ni en su alma. Solicita para satisfacer todos los deseos de su caro Roger, había adquirido los conocimientos que le faltaban; tocaba bastante bien el piano y cantaba con gusto. Ignoraba las costumbres de una sociedad que la hubiese rechazado y á que no asistiera ella aun cuando la aceptaran, pues la mujer dichosa no va al torbellino social, y no había sabido ni apoderarse de los modales elegantes, ni aprender el lenguaje, lleno de palabras y vacío de pensamientos, que brilla en los salones; pero en revancha, conquistó laboriosa y pacientemente todo cuanto necesita saber la madre cuya única ambición consiste en educar bien á sus hijos. No abandonarlos, darles desde la cuna esas enseñanzas continuas que graban en las tiernas almas el sentimiento de lo bello y del bien, preservarles de toda influencia nociva, cumplir á la vez los penosos deberes de la niñera y las dulces obligaciones maternas; no tuvo otros goces. Resignóse desde el primer día la discreta criatura tan á su gusto á no dar un paso fuera de la encantada esfera que le brindaba todas sus alegrías, que al cabo de seis años de estar unida con su amigo no sabía de él sino que se llamaba Roger. Vefase en su alcoba el cuadro que representa á Psiquis llegando con su lámpara para ver al Amor, no obstante habérselo prohibido, y este grabado le recordaba el origen de su felicidad y las bases en que se apoyaba. No había cansado aún en aquellos seis años, porque nunca se había manifestado ambiciosa ni sedienta de goces, el corazón de Roger, que era mina inagotable de bondades; no deseó lucir diamantes ni adornos, y rechazó, como lujo inútil, el coche que le ofreció él infinidad de veces. Esperar, puesta en el balcón, que asomara el carruaje de Roger, ir al teatro con él, ó pasear juntos en los días primaverales por los alrededores de París, aguardarle, verle, y volver á aguardarle tan pronto como se ausentaba, tal era la historia de su existencia, pobre en acontecimientos, pero rica en ternuras y en cariño.

Meciendo en sus rodillas y canturreando al ángel que había venido algunos meses atrás, complaciase en evocar los recuerdos del tiempo pasado. Le halagaba sobre todo pensar en las satisfacciones que le traía á la memoria el mes de septiembre, por ser la época en que su Roger la llevaba á Bellefeuille para pasar esos hermosos días que no se dirá sino que corresponden á todas las estaciones del año; la naturaleza prodiga sus flores y sus frutos, las tardes son tibias, las mañanas dulces, y todo el brillo del verano sucede á menudo á la melancolía del otoño. En la primera etapa de su enamoramiento pensaba Carolina que si el alma de su Roger no sufría transiciones bruscas y su carácter era siempre el mismo, debíanse las pruebas de devoción que él le daba á la irregularidad de su trato, á lo contado de sus entrevistas siempre deseadas, á que no estuviesen, en suma, á todas horas juntos como lo están dos esposos. Se acordó entonces, y fué el recuerdo delicioso, de que, atormentada por vanas dudas, le había seguido á veces, trémula de miedo y de emoción, durante la primer temporada que pasaron en las lindas tierras del Gatinais. ¡Inútil espionaje! Todos aquellos meses felices pasaron con la rapidez del sueño, entregados los amantes á una dicha que no acababa jamás. Le había visto ella continuamente con la sonrisa en los labios, y le parecía que era copia de la suya. Tal fuerza tuvieron estas dulces memorias, que sus ojos se llenaron de lágrimas, creyendo no haber amado bastante y figurándose que su situación inestable y equívoca era comparable á una especie de impuesto que gravaba la desgracia sobre su amor. Por la milésima vez se entretuvo entonces calculando con invencible curiosidad las causas que podían decidirle, siendo el hombre que era, á contentarse con gozar clandestina é ilegalmente de su ventura. Y forjó no pocas novelas en su fantasía, precisamente huyendo del motivo más verosímil, que hacía tiempo adivinara, y en que fingía no creer. Con la niña en brazos fuése al comedor para dirigir todos los preparativos de la comida. Era el 6 de mayo de 1822, aniversario de su paseo al parque de Saint-Leu, que decidió su porvenir; todos los años era, pues, aquel día, de fiesta íntima para ellos. Señaló los manteles que debían cubrir la mesa y arregló los postres. Después de haber preparado todo aquello que placía á Roger, dejó á su hija en la cuna y salió á vigilar desde el balcón

la llegada del cabrióle, con que su amigo, ya en la madurez de sus años, había reemplazado el elegante tiburí de los primeros días. No tardó en subir, y en cuanto hubo correspondido á las caricias y agasajos de Carolina y del travieso muchacho, que le llamaba papá, dirigióse á la cuna, contempló á su hija que dormitaba, la besó en la frente, y sacando de su bolsillo un abultado pliego, dijo:

—Carolina, aquí tienes el dote de la señorita Eugenia de Bellefeuille.

Tomó la madre, conmovida, el título de la dote, que era una inscripción en el mayor de la deuda pública, y preguntó:

—¿Por qué tres mil francos de renta á Eugenia, siendo así que sólo das mil quinientos á Carlos?

—Carlos, ángel mío, será hombre, y los mil quinientos francos le bastarán. Con esa renta segura, todo hombre animoso está á cubierto de la miseria. Si diera la casualidad de que tu hijo fuese un ser inútil, no quiero que haga disparates, y si tiene ambición, lo modesto de su fortuna le aficionará al trabajo. Eugenia es mujer y necesita el dote.

Púsose á jugar con Carlos, cuyas demostraciones de cariño indicaban claramente la independencia y la libertad en que se le iba educando. Entre el padre y el hijo no se levantaba el espectro de un temor ridículo que priva al primero del encanto con que la familia recompensa sus sacrificios: la alegría reinaba en aquella casa sin limitaciones de ningún género. Por la noche se arregló una tela, y con ella cuadros sorprendentes y misteriosos, con gran sorpresa de Carlos. La alegría de la angelical criatura despertó más de una vez locas risas en los labios de Roger y de Carolina. Cuando el pequeño estuvo acostado, se despertó la hijita pidiendo con lloro descosido su límpido alimento. A la luz del quinqué, junto á la chimenea de la apacible y placentera habitación, abandonóse Roger á la dicha de contemplar el cuadro suave que presentaba aquella niña suspendida del seno de Carolina, blanco, fresco como un lirio que acabara de abrirse, y cuyos cabellos caían en bucles negros que casi no permitían ver el cuello. El resplandor hacía resaltar todas las gracias de la joven, multiplicando en ella y en torno de ella, sobre su ropa y sobre la niña, los pintorescos efectos que produce el juego de la sombra

con la luz. El rostro de la mujer tranquila y silenciosa le pareció más dulce que nunca á Roger, que contempló con deleite y ternura aquellos labios rojos de donde jamás había salido ninguna palabra discordante. El mismo pensamiento animó las pupilas de Carolina, quien observó á Roger por el rabillo del ojo, ó para ver el efecto que le producía su figura ó para inquirir lo que daría de sí aquella noche.

Pero él, que comprendió la coquetona y sutil mirada, dijo con fingida tristeza:

—Es preciso que me vaya. Tengo que terminar un asunto muy grave, y me esperan en casa. El deber ante todo, ¿no es así, querida mía?

Carolina le miró triste y dulcemente, pero también con el aire de resignación que descubre lo doloroso del sacrificio.

—Adiós—repuso.—Vete. Si te quedases una hora más, no fuera tan fácil que te dejase libre.

—Ángel mío—añadió él sonriendo,—tengo tres días de licencia y estoy aposentado á veinte leguas de París.

Algunos días después del aniversario del 6 de mayo corrió la señorita de Bellefeuille una mañana á la calle *Saint-Louis*, del *Marais*, deseando no llegar tarde á una casa que visitaba regularmente cada ocho días. Acababa de saber que su madre estaba á punto de rendirse á una complicación que habían presentado sus catarros y sus reumatismos. Mientras que el cochero daba de firme con su látigo á los caballos, obedeciendo al ruego apremiante de Carolina y sobre todo á su promesa de recompensarle largamente, las viejas timoratas que constituían la sociedad de la viuda Crochard en estos últimos tiempos, introducían á un sacerdote en la limpia y cómoda habitación que tenía la vieja en el segundo piso de la casa. La criada ignoraba que aquella linda señorita con quien iba á comer muchas veces su señora fuese su propia hija; y por eso fué quien más pronto indicó que debía intervenir un confesor, esperando que el eclesiástico le fuese tan útil como á la enferma. Entre dos almohadones, ó paseándose por el jardín Turco, las viejas con quien charlotaba la viuda Crochard diariamente habían logrado despertar en el frío corazón de su amiga algunos escrúpulos acerca de su vida pasada, no pocos temores relativos al infierno, haciéndole pensar en

lo futuro y abrigar cierta esperanza de que se le perdonasen las culpas, si volvía con sincera fe al seno de la religión. Sucedió, pues, aquella mañana solemne, que tres señoras de la calle *Saint-François* y de la *Vieille-Rue-du-Temple* se introdujeron en el salón donde las recibía todos los martes la señora Crochard. Relevándose, una de ellas dejaba su asiento para ir á la cabecera de la cama, acompañar á la pobre vieja y darle esos fingidos ánimos con que se arrulla á los moribundos. Cuando la crisis fatal les pareció próxima, porque el médico á quien se llamó la víspera no respondía ya de la viuda, celebraron consejo las tres damas para acordar si debía ó no llamarse á la señorita de Bellefeuille. Consultada previamente Francisca, se decidió que corriese un propio á la calle Taitbout para prevenir á la pariente cuya influencia parecían temer tanto las cuatro mujeres: abrigaron empero la presunción de que el auverniiano llegaría ya tarde con la persona que tan profundamente participaba de los afectos de la señora Crochard. La viuda, que gozaba seguramente de mil escudos de renta, no fué tan bien atendida por el trío femenino, sino porque ninguna de sus buenas amigas, incluso Francisca, conocía á ningún heredero. La opulencia en que vivía la señorita de Bellefeuille, á quien la vieja daba el dulce nombre de hija, por resabios de sus usos en la antigua Opera, autorizaba hasta cierto punto el plan formado por estas cuatro mujeres para partirse los bienes de la agonizante.

No tardó en aparecer la sibila que se hallaba de guardi en la alcoba, y traía el aire inquieto y receloso.

—Ya es tiempo —dijo— de ir en busca del abate Fontanón. Antes de dos horas no tendrá ni la cabeza firme ni fuerzas para escribir una sola palabra.

Salió, pues, la desdentada doméstica con la comisión, y volvió á poco acompañada de un hombre que vestía levita negra.

La frente estrecha anunciaba que se distinguía el cura por su mezuquino espíritu; su rostro era vulgar, y sus mejillas, anchas y colgantes como la doble barba, hablaban muy alto de un ser que era egoísta en extremo. Los empolvados cabellos le daban un aire repulsivo, tanto más cuanto que los ojos oscuros, pequeños, hundidos, hubiesen sentado perfectamente bajo las cejas de un tártaro.

—Señor abate—le decía Francisca, —doy á usted las

gracias por sus consejos; pero no olvide usted que he cuidado con mucho interés á la señora.

La criada, que seguía con el paso tardo y poniendo una cara muy afligida, interrumpió su recomendación viendo que estaba la puerta á medio cerrar y que la más insinuante de las tres nobles ancianas se había apostado en la meseta de la escalera para hablar antes y con tiempo al confesor. Cuando el clérigo hubo sufrido las tres andanadas de discursos piadosos y suplicantes de las amigas de la viuda, fué á sentarse á la cabecera del lecho, donde sufría las angustias de la muerte la señora Crochard. Por decencia y por moderación, permanecieron las damas y la sirvienta en el salón, entretenidas en hacer muecas de desolado sentimiento, que sólo caras tan llenas de arrugas como las suyas podían fingir con toda perfección.

—¡Pero será desgracia la mía!—murmuró Francisca exhalando un suspiro.—La cuarta vez que paso por la tristeza de enterrar á mis señoras. La primera me dejó cien francos de pensión, la segunda cincuenta escudos, y la tercera mil á toca teja. He ahí todo mi tesoro después de treinta años de servicios.

Aprovechóse Francisca de todos sus derechos y ventajas para ir y venir con el objeto de acercarse á una puerta de escape desde donde podía oír al sacerdote.

—Veo con gusto—decía Fontanón—que no le faltan á usted sentimientos píos; lleva usted una santa reliquia...

Hizo la señora Crochard tan vago movimiento de cabeza, que no podía colegirse por él si estaba en sus cabales, pues á renglón seguido enseñó la cruz imperial de la Legión de honor. El cura retrocedió un paso al ver la faz del emperador; y en seguida se aproximó á su penitente, quien habló en voz tan baja, que nada pudo coger del coloquio la ladina criada.

—¡Maldición!—gritó de improviso la vieja.—No me abandonéis, señor. De modo, señor abate, que usted cree que también tengo que responder del alma de mi hija.

Hablaba tan bajo el sacerdote y era el tabique tan espeso, que Francisca continuó quedándose á obscuras.

—¡Ay de mí! El infame nada me ha dejado para que yo pueda disponer ahora. Cogió á mi pobre Carolina y me separó de ella, constituyéndome tres mil libras de renta cuyo capital pertenece á mi hija.

—La señora tiene una hija y sus rentas sólo son vitalicias—gritó Francisca volviendo al salón.

Miráronse con asombro las tres viejas. Una de ellas cuya nariz y cuya barba casi se tocaban por las puntas revelando con esto cierta hipocresía refinada y maliciosa, hizo un guiño con los ojos, y luego que la sirvienta volvió la espalda, expresó con el gesto á sus dos amigas: «Esta muchacha se escurre de las manos; como que se ha visto ya en tres testamentos». Así es que las damas continuaron sin moverse; pero cuando salió el abate, á la primer palabra que pronunció, las tres brujas bajaron casi saltando las escaleras detrás de él, remitiendo á Francisca la asistencia de su señora. Como redoblaran cruelmente los sufrimientos de la señora Crochard, tuvo la moribunda que llamar repetidas veces, para que la fámula se contentase al cabo con decir: «¡Eh, ya val ¡En... seguida!» Las puertas de los armarios y los cajones de las cómodas se abrían y cerraban como si estuviese buscando Francisca algún billete de la lotería perdido. Por fortuna, llegó la señorita de Bellefeuille en el instante en que la crisis tocaba á lo último. La joven se dirigió inmediatamente al lado de su madre prodigándole las más dulces caricias.

—¡Oh, pobre madre, y cuán criminal soy! Sufres y yo lo ignoraba, y mi corazón no me advertía...

—Carolina...

—¿Qué quieres?

—Me han traído á un cura.

—Pero si lo que hace falta es el médico. ¡Francisca, un médico! ¿Cómo es que no han enviado esas señoras en busca del doctor?

—Me han traído un cura—repetió la vieja suspirando.

—¿Cómo sufre! Y no hay ni una poción calmante; ¡nada sobre la mesal!

Hizo la madre un signo imperceptible, pero que la mirada despierta de Carolina recogió, pues guardó silencio para que hablase.

—Me han traído un cura... entiendes, un confesor. Ten cuidado, Carolina—añadió la vieja figuranta, haciendo un último esfuerzo.—El sacerdote me ha arrancado el nombre de tu bienhechor.

—¿Y quién ha podido decírtelo, pobre madre mía?

Expiró la vieja cuando trataba de dar á su rostro un aire

malicioso. Si hubiese podido la señorita de Bellefeuille observar, en aquel trance duro, el rostró de su madre, hubiera visto lo que no vería nadie; hubiera visto reír á la Muerte.

Para comprender hasta qué punto es interesante la escena transcrita, será oportuno dar por un momento al olvido todos estos personajes, y fijarse en la relación de acontecimientos anteriores, el último de los cuales se relaciona con la muerte de la señora Crochard. Cuando se llegue á ese punto, formarán las dos partes una misma historia, que, por una particularidad de la vida parisiense, había sido origen de dos acciones diversas.

A fines de noviembre de 1805 bajaba un abogado joven, que frisaría con los veintiséis, la gran escalera del palacio donde vivía el canceller mayor del imperio. Eran las tres de la madrugada. Como había asistido á la fiesta de la corte en traje de baile, y nevaba, no pudo reprimir una exclamación angustiosa, donde resaltaba, sin embargo, la jovialidad que rara vez abandona á un francés. No vió, mirando por la verja del patio, ningún coche, ni oyó á lo lejos ninguno de esos ruidos que producen los zuecos y la voz ronca que caracteriza á los cocheros de París. De cuando en cuando azotaban el suelo los cascos de los caballos enganchados al coche del primer magistrado á quien el joven acababa de dejar junto á Cambacères, y resonaban los golpes en el patio del hotel, que iluminaban apenas los faroles del carruaje. El joven volvió la cabeza, cuando estaba en estas apreturas, al sentir que le tocaban amigablemente en la espalda; reconoció al alto personaje y le saludó. El antiguo legislador de la Convención, detenido mientras el lacayo bajaba el estribo para que subiese, adivinó la perplejidad en que se hallaba el joven, y le dijo festivamente:

—De noche todos los gatos son pardos; el gran juez no se comprometerá si conduce á un abogado á su domicilio, sobre todo siendo el tal abogadillo sobrino de un viejo colega, una de las lumbreras del gran consejo de Estado que dió el Código de Napoleón á Francia.

El pedestre caminante subió á la carroza obedeciendo al gesto que hizo el jefe supremo de la justicia imperial.

—¿Dónde vive usted?—preguntó el ministro antes de que cerrase la portezuela el lacayo, que aguardaba órdenes.

—Malecón de los Agustinos, monseñor.

Partieron los caballos al trote y el joven se vió frente á frente del ministro, á quien había intentado inútilmente dirigir la palabra antes y después del espléndido banquete ofrecido por Cambaceres, pues el del Supremo lo rehuyó ostensiblemente durante toda la velada.

—Pues bien, señor de Granville. Hace dos años que ha dejado usted su país y tiene usted una carrera brillantísima.

—Mientras esté al lado de Su Excelencia...

—No me burlo; las defensas que ha hecho usted en el proceso *Simeuse* y *Hauteserre* le han colocado á envidiable altura.

—Hasta hoy he creído que mi abnegación hacia esos pobres emigrados me perjudicaba.

—Es usted demasiado joven—dijo el ministro gravemente, y añadió, después de una pausa:—Ha complacido usted mucho esta noche al canciller mayor. Entre usted en la magistratura; hacen falta allí hombres, y el sobrino de un ilustre, á quien Cambaceres y yo tratamos con vivo cariño, no puede continuar siendo abogado á secas y sin protección. Su tío nos ayudó á pasar los malos tiempos, y esa clase de servicios no se olvidan jamás.

El ministro volvió á guardar silencio. En seguida continuó:

—Dentro de poco tendré tres vacantes en el tribunal de primera instancia y en la cámara imperial de París; venga usted á verme entonces y escoja la que le convenga. Trabaje usted mientras tanto, pero sin pedirme audiencia. Por una parte estoy muy agobiado de trabajo y por otra los rivales adivinarían la intención, y fueran capaces de indisponerle á usted con su padrino. No queriendo decirle á usted nada esta noche, tanto Cambaceres como yo le hemos salvado de los peligros que trae consigo el influjo.

Deteníase el coche en los Agustinos cuando el ministro pronunciaba las últimas frases, y el joven bajó, dando las más expresivas gracias á su generoso protector por las plazas que acababa de ofrecerle. Llamó con furia á la puerta, porque el viento del norte soplaba que era un contento. Al cabo tiró del cordón el portero, y cuando pasaba por delante de la portería, le gritó con voz ronca:

—Señor Granville, hay carta.

Cogióla el interpelado, y trató de leer el sobrescrito, á pesar de que era demasiado helado el aire para detenerse, al resplandor de un farolillo que estaba en las últimas.

—Es de mi padre—dijo apoderándose de la palmatoria que á la postre consiguió encender el cancerbero, y subió rápidamente á su habitación donde se enteró de lo que sigue:

«Coge el correo, que si puedes llegar aquí con toda rapidez, tienes hecha la fortuna. Acaba de perder á su hermana la señorita Angélica Bontems, por cuya circunstancia queda convertida en heredera, y sabemos que no te mira con malos ojos. La señora Bontems puede dejarle cerca de cuarenta mil francos de renta, sin contar con la dote. Todo lo tengo preparado. Nuestros amigos se admirarán de ver que se alían con la citada familia unos nobles de abolengo. El buen Bontems ha sido un republicanote acaudalado, que poseía muchos títulos nacionales adquiridos á bajo precio. Pero hay que tener en cuenta que sólo se apoderó de los prados de los frailes, que no han de volver á levantar cabeza. Por otra parte, si has descendido ya haciéndote abogado, no veo la razón para que retrocedamos en la senda emprendida, concediendo algo más á las ideas que privan actualmente. La pequeña tendrá trescientos mil francos; yo te asigno cien; los bienes de tu madre importan próximamente cincuenta mil escudos, y por tanto, ya te veo en posición, querido hijo, si es que quieres entrar en la magistratura, de ser tan senador como cualquier otro. Mi cuñado, el consejero de Estado, no te ayudará tal vez si te portas así; pero como es soltero, su herencia te corresponderá algún día: si no fueses senador en vida de tu jefe, alcanzarías lo que dejase, puesto que debes sobrevivirle. Te encaminarías, pues, á buena altura para ver venir los acontecimientos. Adiós. Un abrazo.»

Acostóse de Granville forjando mil proyectos venturosos. Protegido poderosamente por el gran canciller, por el magistrado supremo y por su tío, uno de los que redactaron el Código, iba á inaugurar su carrera desde un puesto envidiado, ante la primer cámara del imperio, y viéndose miembro del tribunal donde Napoleón escogía los altos funcionarios de su corte. Como si eso no fuera bastante, le llovía una